

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

Ð. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica primera de Cuaresma.

Si filius Dei es, mitte te deorsum.

MATTH. cap. IV, v. 6.

Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo,

El Evangelio de este dia ofrece á nuestra contemplacion el interesante espectáculo de la lucha sostenida por Jesucristo con el príncipe del abismo.

Una de las tentaciones con que el demonio acometió *al manso y humilde de corazon* fué tentacion de soberbia. Conduciéndole á la santa ciudad de Jerusalem, le colocó sobre la almena del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, arrojate de aquí abajo, porque está escrito que enviará sus ángeles, y te recibirán en palmas para que no se lastimen tus piés. También está escrito, respondió el

Salvador: No tentarás al Señor tu Dios.

Vamos á estudiar las tentaciones que nosotros sufrimos y la manera de vencerlas. La soberbia es una tentacion que está haciendo muchas victimas. Hablaremos de este pecado capital, exponiendo *su naturaleza, su gravedad, sus males y sus remedios.*

Siendo la soberbia el primero de los vicios capitales, y el enemigo más formidable de las almas y de las sociedades, conviene dar á conocer la naturaleza, gravedad y consecuencias de este pecado á fin de que los caidos se levanten, y los que están en pié, no caigan en esta tentacion horrible que llena la tierra de lágrimas, el cielo de lutos y el infierno de réprobos.

San Agustin explica la soberbia diciendo, que es un apetito per-

verso de la propia elevacion (1); un deseo ardiente de aparecer á los ojos de los hombres como no somos á los ojos de nuestra conciencia y en la presencia de Dios (2); un amor desordenado de la propia excelencia, un desmedido afán de ser y de sobresalir entre los demás, ó como se explica el Angel de las escuelas (3); la soberbia es el deseo de elevarse sobre la esfera que á cada uno ha prefijado la regla divina, defluición que ya dió el Apóstol cuando decia á los fieles de Corinto. *Nos non in mensum gloriamur, sed secundum mensuram regulæ quam mensus est nobis Deus* (4).

Como se ve por estas explicaciones, no es malo el apetito de la propia excelencia, no es pecado el deseo de perfeccionarse, no es censurable sino muy digno de alabanza el amor de nuestro engrandecimiento, el anhelo por nuestra dicha, cuando este anhelo es legitimo, cuando este amor es ordenado, cuando este deseo y este apetito no traspasan los límites trazados por la razon, cuando no quebrantan la regla eterna impuesta por Dios á nuestros deseos y aspiraciones. Po-

deis apetecer la salud, la hermosura, el bienestar, el acrecentamiento de vuestras riquezas, el progreso de vuestra industria, el perfeccionamiento de vuestro officio; podeis desear vuestro bien, y es un deber de conciencia y una ley del cristiano el adelantamiento en la virtud, el celo por la propia santificación, el trabajo por atesorar obras buenas, la noble emulacion de lo bueno que vemos en los demás, de los méritos y virtudes que resplandecen en nuestros semejantes. Podeis apetecer todo lo que es bueno, todo lo que es virtud, todo lo que agrada á Dios y nõ se opone al bien de vuestro prójimo. *Quæcumque sunt bona, quæcumque sunt justa, hæc cogitate.*

Desead lo bueno y buscadlo con ahinco, pero buscad primero que todo el reino de Dios, y los bienes temporales vendrán á vosotros como lucido cortejo de la virtud y como fruto de las buenas obras. Desead enhorabuena vuestra propia elevacion y engrandecimiento, pero que vuestros deseos no vayan contra la ley de Dios ni menoscaben los derechos del prójimo. La soberbia consiste, pues, en apetecer la propia elevacion y en buscar la gloria propia con menosprecio de la gloria de Dios y por los me-

1 Lib. 4 de Civit. Dei, cap. XV.

2 Lib. 2, contra Manich.

3 2, 2, q. 162.

4 2. ad Cor. X.

dios desordenados que reprueba y condena la ley de Dios.

Cuanta sea la malicia de este pecado, no hay entendimiento que pueda comprenderlo, ni lengua que pueda expresarlo.

Todos los sábios del cristianismo asientan el principio de que un pecado es tanto mas grave, y un vicio es tanto mas detestable cuanto mayor es el muro de separacion que levanta entre Dios y el hombre. Porque como dice S. Agustin (1) la principal malignidad del pecado consiste en que rompe la union de la criatura con su Criador, del alma con Dios. *Aversio á Deo*. La soberbia separa al hombre de su Dios, le aleja del principio de la vida mucho mas que los otros pecados. Los que ofenden á Dios por ignorancia aunque culpable, los que caen en pecados de flaqueza ó fragilidad, se levantan fácilmente y se arrojan en el seno de la misericordia infinita que los recibe con amorosa benignidad, pues el Señor conoce nuestra flaqueza, y el frágil barro de que hemos sido hechos. *Ipse cognovit figmentum nostrum*. Pero el soberbio se rebela contra Dios, rechaza sus mandatos, desprecia sus bondades, y se ríe de sus

amenazas, diciendo en su corazón: *No quiero que reines sobre mi alma*. Por lo cual afirman Alejandro de Ales (1) y el angélico Doctor que la soberbia es un pecado gravísimo, y David que es el mayor de los pecados. *Emun dabor á peccato máximo*.

Todo pecado lleva el sello de la soberbia y acrece su gravedad á medida que se comete con más ó ménos soberbia, con más ó ménos desprecio de Dios. Todo pecado es una rebelion del hombre contra Dios, pero la soberbia es el origen, causa y motivo de todos los pecados. *Unitium omnis peccati est superbia* (2). De donde se infiere que la soberbia contiene la malicia de todos los pecados y es el mayor de todos ellos. *Quod est causa aliorum ut sint talia, illud est maximé tale* (3).

No hay pecado que más se oponga á Dios, que más contrarie sus divinos atributos, y más repugne á su misma naturaleza.

S. Agustin se remonta en alas de su brioso ingenio hasta el trono de la megestad divina y nos da una idea sublime de las grandezas del Eterno, diciendo: Dios está sobre todo lo que existe, y

1 Ir 2. parte Summ. Tract. de superbia.

2 Eccle. X.

3 Arist. 2. Metha.

1 Lib. de libero arbitrio.

nada existe sino por él. Todos los seres le están sometidos, todos viven por él, y él vive de sí mismo. *Deus est supra quem nihil, sine quo nihil, sub quo totum, in quo totum, á quo omnia, per quem omnia, et in quo omnia.*

Todas las criaturas desde el sol que brilla en los cielos hasta el insecto que rastrea en el polvo, desde el inmenso océano que nos atterra con sus bramidos hasta el cristalino riachuelo que nos deleita con sus murmullos, desde el rey de las selvas que llena el desierto con sus rugidos, hasta la tímida avecilla que exala su cántico en lo umbroso del follaje, desde el cedro majestuoso que se eleva hasta las nubes en las cumbres del Líbano hasta la humilde violeta que crece en lo escondido del valle, todas las criaturas obedecen á Dios, y le rinden vasallaje, y reconocen su soberanía y cumplen su ley y se muestran reconocidas á su amorosa Providencia. Sólo el hombre, amado con tanto amor, distinguido, con tantos privilegios, enriquecido con tantas gracias, destinado al goce de tanta gloria, sólo el hombre se alza soberbio contra Dios, desconoce su paternal soberanía, quebranta sus santos mandamientos y responde con la ingratitude más horri-

ble á sus grandes beneficios. Hé aquí la especial deformidad que reviste el pecado de soberbia.

Es el pecado de Lucifer que pretende para sí la soberanía absoluta, universal y eterna, propia esencial y exclusivamente del Criador y conservador de todas las criaturas; es el pecado de los primeros culpables que se rebelan contra el precepto de Dios, pretendiendo igualarse á su generoso y soberano Bienhechor; es el pecado del Anticristo que pretenderá para sí las adoraciones debidas á sólo Dios; es el pecado que mas se opone á la grandeza, á la santidad, á la bondad, á todos los atributos divinos, y por lo tanto es tan grave su malicia y tan horrible su deformidad que sólo puede ser conocida de algun modo, poniendo los ojos en el abismo de males y desventuras que están reservados á la soberbia.

Oid, atended, y meditaed de corazón. ¿Habeis pensado alguna vez en las consecuencias de la soberbia? No pueden leerse sin estremecimiento las páginas sagradas que hablan de los castigos reservados á los soberbios. Ay de la corona de los soberbios porque será conculcada y cubierta de ignominia (1). El día

1 Isaí. XXVIII.

del Señor será terrible porque humillará á todo soberbio, y abatirá á todo altivo, y confundirá á todo arrogante, y hará bajar la vista á todos los sublimes y cubrirá de ignominia á todos los que se rebelan contra Dios y desprecian á sus hermanos (1).

Dios resiste á los soberbios, dice Santiago, y dá su gracia á los humildes. ¿Sabeis vosotros cómo resiste Dios á los soberbios? Negándoles su luz, retirándoles su gracia, cerrándoles la puerta de su misericordia y vibrando sobre sus altivas cabezas la espada vengadora de su justicia, sino humillan su frente hasta el polvo y confiesan con llanto de contrición su miseria y se convierten de sus malos caminos. *Nisi conversi fueritis, gladium suum vibrabit* (2). Es ley así de los individuos como de las naciones, que Dios ensalza á los que se humillan, y humilla á los que se ensalzan (3). Levanta los ojos, dice S. Agustín, y mira: Alto está Dios; si te humillas, te eleva á su gloria; si te ensalzas, te precipita en el abismo. Pensad como dicta la razón y persuade la fé, obrad en todo como quien sabe por esperiencia que

los soberbios no hallarán mas que humillaciones en el tiempo y un infierno en la eternidad, mientras los humildes viven dichosos en este destierro y serán exaltados y glorificados en la pátria, segun está escrito: Todos los que me glorifiquen, serán glorificados por mí, pero los que me desprecian á impulso de un orgullo insensato, serán cubiertos de ignominia (1).

La soberbia es una madre horriblemente fecunda que engendra todos los vicios y destruye todas las virtudes. La ceguera, la vana gloria, la ambicion, la arrogancia, la doblez, la hipocresia, la ira, la discordia, los odios, las enemistades, los rencores, las venganzas, hé aquí los vicios que ha extendido sobre los pueblos y los males que afligen á la familia y desgarran el seno de la sociedad. Ese es nuestro pecado, esa es nuestra llaga, ese es nuestro crimen, esa es la causa de nuestras desdichas presentes, y será, no lo dudeis, la causa de nuestra eterna reprobacion, si no vamos contritos y humillados á los piés de Jesucristo elevado en la Cruz, clamando como David desde el fondo de nuestro corazon: *Miserere nosri, domine. Tibi soli peccabimus.*

1 Ibid. V.

2 Psal. VII.

3 Luc. VIII.

Hé aquí *los remedios* que os propongo para los males temporales y eternos, causados por la soberbia. Volvemos á Dios por la humildad, confesando nuestros desvíos, detestando nuestras rebeliones, resolviendo con sinceridad y firmeza de ánimo, antes morir que ofender á nuestro Dios, perder antes la hacienda, y la vida que rebelarnos contra sus santos mandamientos, y despreciar á nuestros hermanos. La soberbia hizo de los ángeles demonios. La humildad convierte á los hombres en ángeles. La humildad es la verdad; la soberbia es la mentira. La humildad es el pedestal de nuestra grandeza; la soberbia la causa de nuestra ignominia. Orad sin tregua y con fervor, que la oracion del humilde penetra las nubes, y conmueve el corazon de nuestro Padre que todo lo ve y lo gobierna todo desde los altos cielos. Luchad con valor cristiano hasta no dejar ni germen, ni raiz, ni vestigios de soberbia en vuestros corazones. No deis entrada en vuestro pecho al demonio de la soberbia, rechazad con indignacion sus tentaciones de vanidad y sus pensamientos de elevacion; y para lograr cumplida victoria en las batallas de la humildad, buscad la luz en la oracion, la fuerza en

los Sacramentos, la armadura de Dios en las prácticas cristianas; pensad en vuestra flaqueza, en vuestras profundas miserias, y en la necesidad que teneis de la gracia de Dios, de sus luces y socorros, y con este pensamiento detestareis la soberbia, origen de todos nuestros males, y practicareis la humildad, base firmísima de la vida cristiana, fundamento de todas las virtudes, condicion necesaria de nuestra dicha presente y de nuestra dicha futura. Pensad así mismo que vendrá de improviso la hora solemne de la muerte, y entonces se cumplirá en toda su realidad la sentencia de Jesucristo, á saber: que los soberbios serán humillados eternamente en el infierno, y los humildes serán eternamente glorificados en el reino de los cielos, Amen.

El dia de la fiesta de la noble virgen y mártir romana Santa Inés, Su Santidad el Papa Leon XIII ha recibido, segun la antigua costumbre, dos corderos blancos, adornados de cintas y flores que le ofrece el Cabildo de la Basilica de San Juan de Letránt. De estos corderos se saca la lana con que se tejen los palios que usan el soberano Pontifice, los Patriarcas, Primados y Arzobispos, y, por privilegio especial, algunos Obispos.

Después de la Misa solemne celebrada en la Iglesia de Santa Inés, extramuros, estos corderos fueron bendecidos, según rito especial, por el maestro de ceremonias de la Basílica lateranense.

Entre otras peregrinaciones que se esperan en Roma dentro de un breve plazo, se citan las que van á organizar en Francia los industriales, patronos y jefes de las fábricas de Reims, y la que organizan en Alemania los jefes del Centro.

DOS CIELOS

RELATO HISTÓRICO.

III.

Felicidad.

A fines de Mayo de 1522, Alonso había hecho ya las diligencias para ingresar con su hermano en el convento de San Agustín de Salamanca; y su santo Prior Fr. Tomás de Villanueva había accedido á sus piadosos deseos. Francisco, siempre mirando á sus padres, hacia aun alguna resistencia, aunque débil. A riesgo de que se me moteje de introducir en un cuento sucesos sobrenaturales, seguiré á la historia que asegura haber tenido Alonso una vision en que se le apareció su futuro Padre, el insigne Doctor de la Iglesia San Agustín, adoptándole por hijo.

No fué esto lo que menos contribuyó á vencer la resistencia de su hermano. Cesó esta de todo punto al recibir una carta de sus padres, respondiendo á otra en que ambos les habian expuesto su pensamiento. La contestacion era propia de padres cristianos, y dando á sus hijos la bendicion, les autorizaban con inmensa alegría para seguir la vocacion que sentian en el alma. La cariñosa madre decia en especial á su hijo Alonso:

«Hijo mio: tu estás destinado por Dios para cosas grandes; siempre he creído que te criaba para Dios, y no para mí. Lee, hijo mio, aquí lo que siempre te he ocultado. Antes de darte á luz te ofreci á la Santísima Virgen, y pensando un dia qué nombre ponerte oí... no fué ilusion, no: yo estoy segurísima de que oí una voz suave y delicada como de Virgen que decia: ¿Cómo le has de llamar sino Alonso? Y entonces, hijo mio, sentí que tú saltaste en mis entrañas.»

Al terminar la lectura de estas líneas, Francisco abrazó llorando de alegría á su hermano, y le dijo.

—¡Oh! perdonadme hermano mio; conozco que Dios te quiere para sí.

El 8 de Junio de 1522, ambos

hermanos vestían con inmenso júbilo en aquel convento de santos, el glorioso hábito del Doctor de la Gracia, y recibían el fraternal abrazo de sus nuevos hermanos. Francisco y Alonso eran felices: estaban en el cielo.

IV.

Muerte cristiana.

Era una noche del año siguiente de 1523. En una estrecha celda alumbrada por la vacilante luz de un humilde candil suspendido en la pared, yacía en modesto lecho un joven novicio, en cuyo rostro pálido y ojos undidos se veían retratados los preludios de la muerte. En las demacradas manos estrechaba un crucifijo que oprimía con sus lábios, casi sin fuerza ya para besarle. A su lado, de rodillas, estaba otro religioso con un libro que bañaba á menudo de ardientes lágrimas.

El moribundo era Francisco: el otro era su hermano Alonso. Francisco, postrado por una gravísima enfermedad en un pie, había visto con hondo sentimiento llegar el ansiado día de su profesión religiosa, y que Alonso profesaba sin él. Este dolor moral, junto á los grandes dolores físicos que le rodeaban, sufridos todos con paciencia de un mártir, habían servido para puri-

ficar su alma, y recibidos ya los últimos sacramentos de la Iglesia con la tranquilidad de un ángel esperaba á que la muerte rompiera las cadenas de la carne, para que su alma volase libre y sin trabas al seno de Dios. Su hermano le leía con tierna piedad la recomendación del alma y le hacía repetir los dulcísimos nombres de Jesús, María y José. Toda la comunidad oraba en tanto de rodillas ante Jesús Sacramentado. El piadoso Prior venía con frecuencia, entreabría la puerta cuidadosamente y contemplaba con lágrimas aquella escena. Después se llegaba al lecho del enfermo, decíale algunas palabras llenas de unción sagrada y volvía á orar por el moribundo.

Se continuará.

Accediendo á los deseos manifestados por Su Santidad, la Sagrada Congregación de Ritos se ocupa activamente en concluir el exámen de varias causas de beatificación, entre las cuales figura la del venerable Luis Grignon de Monfort, fundador de la Congregación de misioneros de la sociedad de María.

Se ha organizado en Málaga una asociación religiosa y benéfica, por distinguidas señoritas, para la protección y socorro de niños huérfanos,